



Portada de la primera edición de *Cartucho* (1931).

NELLIE CAMPOBELLO

CARTUCHO



RELATOS DE LA
LUCHA EN EL NORTE DE MÉXICO

Prólogo

FERNANDO TOLA DE HABICH

FACTORIA EDICIONES



Dirección y diseño de colección: Nonoi Lorente
Sello de la colección: José Tola
Dibujo de la portada: Leopoldo Méndez

Tercera edición: 2003
© Fernando Tola de Habich por el prólogo
© Factoría Ediciones, S de R L
Franz Halls, 130'
México, 01460 D F
factoria@compuserve.com.mx
www.factoriaediciones.com
ISBN: 968-6871-23-4
Impreso en México
Printed in Mexico

CUATRO SOLDADOS SIN 30-30

Y pasaba todos los días, flaco, mal vestido, era un soldado. Se hizo mi amigo porque un día nuestras sonrisas fueron iguales. Le enseñé mis muñecas, él sonreía, había hambre en su risa, yo pensé que si le regalaba unas gorditas de harina haría muy bien. Al otro día, cuando él pasaba al cerro, le ofrecí las gordas, su cuerpo flaco sonrió y sus labios pálidos se elasticaron con un “yo me llamo Rafael, soy trompeta del Cerro de La Iguana”. Apretó la servilleta contra su estómago helado y se fue; parecía por detrás un espantapájaros; me dio risa y pensé que llevaba los pantalones de un muerto.

Hubo un combate de tres días en Parral, se combatía mucho.

“Traen un muerto –dijeron– el único que hubo en el Cerro de La Iguana”. En una camilla de ramas de álamo, pasó frente a mi casa, lo llevaban cuatro soldados. Me quedé sin voz, con los ojos abiertos, abiertos, sufrí tanto, se lo llevaban, tenía unos balazos, vi su pantalón, hoy sí era el de un muerto.

EL MUERTO

LOS balazos habían empezado a las cuatro de la mañana, eran las diez. Dijeron que el *Kirilit* y otros eran los que estaban “agarrados” en la esquina del callejón de Tita, con unos carrancistas que se resguardaban en la acera de enfrente. El caso es que las balas pasaban por la mera puerta, a mí me pareció muy bonito; luego, luego quise asomarme para ver cómo peleaba el *Kirilit*. Mamá le dijo a Felipe Reyes, un muchacho de las Cuevas, que nos cuidara y no nos dejara salir. Nosotras, ansiosas, queríamos ver caer a los hombres; nos imaginábamos la calle regada de muertos. Los balazos seguían ya más sosegados. Felipe se entretuvo jugando con unas herramientas y saltamos a una ventana mi hermana y yo; abrimos los ojos en interrogación. Buscamos y no había ni un solo muerto, lo sentimos de veras; nos conformamos con ver que de la esquina todavía salía algún balazo, y se veía de vez en cuando que sacaban un sombrero en la punta de un rifle.

De pronto, salió de la esquina, donde estaba *Kirilit*, un hombre a caballo; a poquito andar, ya estaba frente a la casa –le faltaba una pierna y llevaba una muleta atravesada a lo largo de la silla,

iba pálido, la cara era muy bonita, su nariz parecía el filo de una espada. Él creía que iba viendo un grupo de hombres grises, que estaban allá arriba de la calle y que le hacían señas. No volteó ni nada, iba como hipnotizado con las figuras. En ese momento no se cruzaban los balazos.

—Mira qué amarillo —dijo mi hermana con un chillido que me hizo recordar a Felipe Reyes.

—Va blanco por el ansia de la muerte —dije yo convencida de mis conocimientos en asuntos de muertos.

Dos segundos y al llegar a la calle del Ojito desapareció. Los hombres comenzaron a disparar sobre la esquina del Tita, más fuerte que nunca, esto pasó en un instante, como si dijera en tres minutos. Fuimos arrastradas de la ventana por Felipe Reyes.

Ya no había balazos; salió toda la gente de sus casas, ansiosas de ver a quiénes les había “tocado”; había pocos conocidos por aquel rumbo, algunos carrancistas de frazadas grises, mugrosos, mugrosos y con las barbas crecidas.

El Mochito con su uniforme cerrado y unos botones amarillos que le brillaban con el sol, estaba tirado muy recto como haciendo un saludo militar. Tenía la bolsa al revés, los ojos entreabiertos, el zapato a un lado de la cara, agujereado por dos balazos. Dicen que cuando ya estuvo caído le dieron dos tiros de gracia, poniéndole el zapato en la cara —él tenía dos manchitas, una junto del medio de las cejas y otra más arriba y no estaba quemado de pólvora. Dijeron que le habían puesto el zapato para que sus “tontas” —adjetivo que le daban a las novias— no lo vieran feo.

A pesar de todo, aquel fusilado no era un vivo, el hombre mocho que pasó frente a la casa ya estaba muerto.

DESDE UNA VENTANA

UNA ventana de dos metros de altura en una esquina. Dos niñas viendo abajo un grupo de diez hombres con las armas preparadas apuntando a un joven sin rasurar y mugroso, que arrodillado suplicaba desesperado, terriblemente enfermo se retorció de terror, alargaba las manos hacia los soldados, se moría de miedo. El oficial, junto a ellos, va dando las señas con la espada, cuando la elevó como para picar el cielo, salieron de los treinta diez fogonazos que se incrustaron en su cuerpo hinchado de alcohol y cobardía. Un salto terrible al recibir los balazos, luego cayó manándole sangre por muchos agujeros. Sus manos se le quedaron pegadas en la boca. Allí estuvo tirado tres días; se lo llevaron una tarde, quién sabe quién.

Como estuvo tres noches tirado, ya me había acostumbrado a ver el garabato de su cuerpo, caído hacia su izquierda con las manos en la cara, durmiendo allí, junto de mí. Me parecía más aquel muerto. Había momentos que temerosa de que se lo hubieran llevado, me levantaba corrien-

do y me trepaba en la ventana, era mi obsesión en las noches, me gustaba verlo porque me parecía que tenía mucho miedo.

Un día, después de comer, me fui corriendo para contemplarlo desde la ventana, ya no estaba. El muerto tímido había sido robado por alguien, la tierra se quedó dibujada y sola. Me dormí aquel día soñando en que fusilarían otro y deseando que fuera junto a mi casa.

LOS HOMBRES DE URBINA

LE contaron a Mamá todo lo que había pasado. Ella no lo olvidaba. Aquellos hombres habían sido sus paisanos.

—Fue en Nieves —dijo Mamá—, allá en la hacienda de Urbina entraron a balazos los villistas, Isidro estaba allí (*el Kirikí*). Los sorprendieron. Ellos eran muy pocos y mataron a los más. A Urbina lo hirieron, luego se lo llevaron preso rumbo a Rosario, no llegaron; Urbina se perdió. La noche era tan oscura que parecía boca de lobo. Contaron que al general Villa le había sorprendido mucho la noticia de la muerte de su compadre Urbina, pero todos supieron que Fierro le dijo que Urbina se andaba volteando y que realmente él había tenido que intervenir a balazos. Mamá decía que todo se debió a una corazonada del Jefe de la División del Norte.

Llegaron las tropas a Parral —decía Mamá que todo fue tan espantoso, andaban tan enojados, las caras las tenían desencajadas de coraje. Por todos lados iban y venían, preguntaban, tenían la esperanza de que apareciera su jefe. No creían

TOMÁS URBINA

MI tío abuelo lo conoció muy bien. “Son mentiras las que dicen del *Chapo* —dijo mi tío—; el *Chapo* era buen hombre de la Revolución”. ¡Ni lo conocían estos curros que hoy tratan de colgarle santos! Y narra, como si fuera un cuento, que: el general Tomás Urbina nació en Nieves, Durango, un día 18 de agosto del año de 1877.

Caballerango antes de la Revolución, tenía pistola, lazo y caballo. La sierra, el sotol, la acordada hicieron de él un hombre como era.

Su madre, doña Refugio, se desvelaba esperándolo. Rezaba al Santo Niño de Atocha, él se lo cuidaba. Un hombre que atraviesa la sierra, necesita ir armado y a veces necesitaba matar. Su panorama fue el mismo de todos. Hombres del campo, temidos de frente y muertos por la espalda.

Urbina portaba su pantalón ajustado de trapo negro, su blusa de vaquero y el sombrero grande. Pocos años en los huesos forrados de piel morena. Sabía montar potros, lazaba bestias y hombres.

Tomaba sus tragos de aguardiente de uva, y se adormecía entrelazado en los cabellos negros de alguna señora (composición hecha a escondidas de mi tío).

La Revolución y su amistad con Pancho hicieron de él un soldado de la Revolución. Al que cuidaba el Santo Niño de Atocha.

Llegó a general porque sabía tratar hombres y tratar bestias. Llegó a general porque sabía de balazos y sabía pensar con el corazón.

Urbina, general, fracasó ante Urbina hombre.

En esos días él estaba en el Ébano, venía para Celaya. Allá en Nieves pasaron acontecimientos familiares, al saberlos vinieron a descomponer su sonrisa de general.

Margarito, el hermano, sabía todo. *Doña María y el jefe* de los talabarteros de la "Brigada Morelos".

Urbina, con la estrella en el sombrero, con sus venas gordas, palpitantes bajo la piel prieta, abriendo los ojos hasta hacer gimnasia, haría un resoplido de general ante aquellas noticias. (Todo esto es una suposición inocente, nacida hoy, acá donde las gentes ignoran al Santo Niño de Atocha y al general Tomás Urbina).

Urbina le dio orden a su hermano de que llegara a Villa Ocampo y que Catarino Acosta corriera a fusilar al talabartero en la puerta de la casa de doña María. Orden que se cumplió. Lo levantó y lo metió en su casa. En el cuarto donde Urbina le tenía permanentemente levantado un altar al Santo Niño de Atocha y velas encendidas, allí mismo tenía una cama donde dormía y rezaba. Nadie entraba en aquel lugar. Doña María tendió allí al fusilado. Lo veló y le hizo su entierro.

Allá en el Ébano, Urbina lo supo y todo él se descompuso. Sus sentimientos salieron en tropel.

Tres personas lo relatan. Pasaron las fuerzas de Rodolfo Fierro rumbo a las Nieves, entre seis de la tarde y diez de la noche. ¿Qué día? ¿qué mes? ¿qué año? Todos iban muy apurados y hablaban en voz baja. Acabando de llegar fusilaron al chofer de Fierro, y que al tiempo que lo llevaba al camposanto, les había contando que Villa iba allí disfrazado, que quién sabe a qué iría.

El Kiril, que estaba con Tomás Urbina en la hacienda, ha dicho que a los primeros balazos ellos comenzaron a poner colchones de lana en las puertas y que entonces a él le habían volado un dedo, seguramente el dedo donde él usaba su anillo de oro, que le quitó a un muerto. *Kiril* vio cuando hirieron a Urbina y oyó que dio ordenes de cesar el fuego.

Martínez Espinosa, nacido en las Nieves y sobrino de Urbina, con la sencillez que tiene el caso, relata lo que él vio:

Tomás Urbina Reyes tenía la muñeca de la mano izquierda seca. En el momento de los balazos lo hirieron en el brazo derecho, partiéndole completamente el antebrazo. Tenía otro balazo en el costado y no pudiendo ya disparar, se rindió. Sus heridas no eran de gravedad. Se quedó dentro del cuarto hasta que el general Villa entró, recibéndolo Urbina con estas palabras:

—Yo nunca me esperaba esto de usted, compadre.

A lo que Villa contestó, textualmente:

—Pues ya verá las consecuencias. (Había el antecedente de que doña Refugio, la mamá de Urbina, y el general Villa, se querían entrañablemente, así que cabía la esperanza de que no pasa-

ría nada, a pesar de ciertos tratados que según se decía Urbina tenía con los carrancistas).

Urbina, ya de pie, salió caminando al lado del general Villa y se fueron a la esquina. Allí estuvieron hablando y hablando. Nadie oyó nada, ni supieron lo que estaban tratando. Aquella conversación de Urbina herido y de Villa duró más de dos horas. Cuando se desprendieron de la esquina, Villa traía a Urbina del brazo y se venían riendo; se veía que estaban contentos.

Nadie se esperaba lo que pasó un minuto después.

Al llegar los compadres junto a Rodolfo Fierro, Villa le dijo:

—Ya me voy. Mi compadre se queda para curarse.

A lo que Fierro contestó, casi dando un brinco:

—Ése no fue el trato que hicimos.

Y volvió el rostro instantáneamente para ver a su caballería, que la había formado casi rodeando la hacienda y lista para disparar.

Villa siguió la mirada y el ademán de Fierro y rápidamente dijo:

—Bueno, mi compadre necesita curarse. Entonces llévelo, pero que primero se cure, porque mi compadre está malo. (Cuentan quienes vieron la escena, que si Villa defiende un poquito a Urbina, allí se habrían muerto los dos, porque toda la tropa era de Fierro; Villa no tenía un soldado, y Urbina unos cuantos que lo acompañaban en la hacienda).

Entonces Rodolfo Fierro mandó que subieran al general Urbina al automóvil, junto con un individuo a quien le decían el doctor. Con ellos subió al coche el mismo Fierro. Iban nada más cuatro personas; ellos tres y el chofer. Al llegar a

Villa Ocampo, rodearon el automóvil como sesenta hombres de Urbina, todos montados y armados y le preguntaron: “¿Qué pasa, mi general?”.

Urbina le contestó:

“Pos que ya nos llevó... Pero desde este momento yo no doy un solo paso si no me van escoltando ustedes”.

Salió el automóvil escoltado, hasta llegar a la cuesta del Berrendo, donde, por culpa misma del camino, el coche pudo dar vuelta en una curva y trepar rápidamente, dejando muy abajo a la caballería. Al estar arriba, se detuvo tantito, y por más que corrieron los montados, ya ni el polvo le vieron, porque se fue casi desbocado hasta llegar a Las Catarinas.

Allí están las tumbas, una de ellas dice:

TOMÁS URBINA

MI HERMANO Y SU BARAJA

LO aprehendieron con mucho misterio. Mamá se fue a hablar con el Jefe de las Armas, que estaba furioso, tan alto y colorado, tenía cara de luna llena. Gritaba con toda su alma, eschaba fuego por los ojos, se paseaba de un lado a otro y nada más decía: "Fusílenlos, luego, luego; fusílenlos luego, luego", y firmaba.

Estaba mandando matar a muchos, muchos, muchísimos. Mamá se quedó tan asustada que se fue corriendo hasta la estación, para hablar con Catarino. En esos días se habían reconcentrado las tropas en Parral, más bien en la estación era donde estaba la mayor parte de la gente. Aquello era un hormiguero, Mamá buscaba el carro de Catarino; en pedazos se ponía a correr. "Virgen del Socorro, cuídame a mi hijo", decía ella sudándole la frente. "¿Me podía decir dónde está el carro de Catarino Acosta?", preguntó ansiosa a un hombre que tenía estrellas en el sombrero. Él no dijo nada, señaló unos carros que estaban como quien va para el tinaco. Mamá echó a correr, pero ya los habían removido. Luego otros hom-

bres dijeron que estaba entre los carros que iban a salir ya. “Me voy al cuartel general, porque me fusilan a mi hijo. Virgen del Socorro, mi hijo”, decía Mamá hablando con ella misma. Corrió en dirección a la sala de espera, que era por donde se podía salir; había tanta gente a caballo, todos con las armas en la mano; yo iba detrás de ella y a veces podía trotar a su lado, ella no me agarró ni una sola vez de la mano, a veces me agarraba de su falda, pero ella, en su nerviosidad, me aventaba la mano, parecía que yo le atrasaba el paso y ni siquiera volteaba a verme. Al llegar al patio frente de la sala y tratar de atravesar, un hombre alto, de grandes mitasas, se paseaba gritando mucho. Echándole a un hombre de a caballo que parecía general, estaba rodeado de un Estado Mayor. El de las mitasas altas, era el más enojado y también tenía a su lado muchos hombres con los rifles en la mano, que nada más lo oían. No recuerdo exactamente la palabra que dijo, pero instantáneamente los de a caballo sacaron sus pistolas y las devolvieron como diciendo: no pudimos matarlos. Los de a pie bajaron sus rifles al suelo; jamás he podido olvidar el sonido que hicieron los rifles al prepararse, la rapidez y las caras temibles de los de a pie, hechas decisión, la expresión de los montados tratando de tirar primero.

Ya estaba Mamá hablando con el Jefe de las Armas. “Un telegrama al general, ¿lo pongo en el acto?” “¿Cómo sabe usted, dónde está Villa?”, dijo. “Nadie lo sabe, ni nosotros que somos villistas”. Mamá no lloraba ni había preguntado por qué tenían a mi hermanito. “Su hijo sabe dónde está Perfecto Ruacho, nosotros necesitamos encontrar a Perfecto Ruacho; su hijo lo ayudó para escaparse. Sí, señora, y lo fue a encaminar hasta Las Animas”. Mamá pidió ver a su hijo y se puso

a platicar con él. Había unas lonas bastante sucias tiradas, que formaban una torre de mugre. Allí se puso a hablarle, y cada vez que salía una escolta llevando hombres para fusilar, Mamá tapaba con las lonas a su hijo y se quedaba ingrátida, como haciendo un esfuerzo para contener sus lágrimas. Aquello era un reborujo; entraban y salían, gritaban, hacían, discutían y siempre lo mismo: “fusílenlos, fusílenlos...”.

Mientras Mamá estuvo allí junto de las lonas, vimos salir montones de hombres. En eso entró el *Chapo* Marcelino y se escandalizó de ver a Mamá allí. Formó una gritería en preguntas y se metió en el acto a hablar con el jefe. Salió con un papel en la mano y se lo enseñó a Mamá y le dijo: “Está segura, yo mismo lo voy a llevar”. Entonces fue cuando Mamá se puso la mano en los ojos, me buscó con la otra mano y así salió jalándome, yo no sabía nada y no perdía de vista al *Chapo* y a mi hermano. En la calle Mamá se limpió los ojos y me dijo con una voz muy dulce: “Ya no van a matar a tu hermano, vamos al templo”. Entramos con la Virgen de la Soledad, una iglesia que está en San Juan de Dios.

Ya íbamos casi frente a la Sonora News, por la calle de Mercaderes, cuando oímos la marcha de una escolta; Mamá se detuvo para ver a los que llevaban, y “4, 8, y 4, 12”, decía Mamá ansiosa, “28. ¿Cómo es posible? Pobrecitos muchachos”. “Es el de las mitasas altas, el hombre de la estación allí va adelante”, dije con un chillido maravilloso y apuntado exactamente con el índice. “Sí, hija, sí, hija —decía Mamá sosegando mis nervios infantiles—, ya sabía yo que los iban a matar —decía Mamá hablando con ella misma, parada en la banqueta—, puros hombres de Durango están muriendo, paisanos de nosotros”. No quiso

ir por las mismas calles por donde llevaban a los paisanos y torcimos por el puente de San Nicolás, pasando por frente al Hospital de Jesús.

Llegamos a la casa, el *Chapo* Marcelino ya había estado allí y se había llevado unas cobijas y unos cojines para mi hermano. Mamá tomó café con aguardiente y corrió a la cárcel. En la noche dijo que apenas habían dormido; amaneciendo se fue a la cárcel. “Me parecía que ya no lo encontraba” —decía con lágrimas en los ojos. A los dos días hizo una bolsa de dinero, una reliquia grande y se fue, para embarcar a su hijo. Ella volvió sola. Una vez él volvió. Vino a México con la misma cara que se llevó, exactamente la misma expresión. No dijo nada acerca de Mamá. Se puso a mover una baraja que traía en la mano. El siete de espadas, el siete de oro, su obsesión. Ahora, ¿dónde está?

SUS CARTUCHERAS

NOSOTROS nos hicimos carrancistas esta mañana”, dijo Manuel. *El Siete* le contestó que por qué al llegar la gente había gritado todavía en la calle de San Francisco que viviera Villa. “No sé”, contestó el capitán Gándara

Al mediodía llegó el joven soldado, traía la cara más aventurera que nunca; el aspecto de los que comienzan a volverse traviesos y malos. Acababa de llegar de Chihuahua. Manuel tenía unas horas de estar en Parral, estaba parado en medio de un cuarto lleno de luz. *El Siete*, con su cara ancha, tranquila, haciendo una sonrisita sin miedo, que luego era fría, se metió en otro cuarto, se levantó el saco y gritó: “Mira lo que les vamos a llevar a la sierra”. Traía forrado el cuerpo de cartucheras, estaba agresivo. Comieron juntos. El muchacho nomás estaba tanteando, no se quitó ni un momento las cartucheras. Traía una pistola que le llegaba hasta las rodillas. Dijo que se la había regalado José Rodríguez. “¿Sabes que le caí gracioso porque me vio que dos veces me tiraron la bandera de la mano, el otro día? Yo iba a aga-

rrarla de nuevo, pero tata Pancho no me dejó". Hablaba a Manuel con voz descarada y le trataba de incrustar las palabras en el pecho, como si fueran plomo. Manuel jugaba con una tira de papel (siempre hacía barquitos después de comer). "Tenemos mucho parque, ríos de cartuchos para almorzarnoslos a ustedes", le dijo sin haberse quitado el sombrero ni la mano de la cintura. Demostraba grandes deseos de almorzarse a Manuel. Pero en eso llegó un hombre de cara tostada, se detuvo enfrente, montado en un caballo; no dijo palabra. *El Siete* sacó al suyo ensillado. "Nos vemos, o nos tenemos que ver", algo así habló cuando salió. Manuel se vistió de civil. "Va a venir aquél, le dan mi rifle y mi pistola", dijo desde la puerta, echándole una mirada al barquito de papel caído debajo de la mesa.

En la guerra, los jóvenes no perdonan; tiran a matar y casi siempre hacen blanco. Manuel se rindió sin alardes, su barco de papel también se cayó.

ÍNDICE

PRÓLOGO	
de Fernando Tola de Habich.....	VII

CARTUCHO

I. HOMBRES DEL NORTE

Él	9
Elías.....	11
El Kirilí	13
El coronel Bustillos	15
Bartolo de Santiago	17
Agustín García.....	19
Las cintareadas de Antonio Silva	21

II. FUSILADOS

Cuatro soldados sin 30-30	25
El fusilado sin balas	27
Epifanio.....	29
Zafiro y Zequiél.....	31
José Antonio tenía trece años	33
Nacha Ceniceros	35
Las cinco de la tarde.....	37
Los 30-30	39
Por un beso	41
El corazón del coronel Bufanda.....	43
La sentencia de Babis	45

El muerto	47
Mugre.....	49
El centinela del Mesón del Águila.....	53
El general Rueda.....	55
Las tripas del general Sobarzo.....	59
El ahorcado.....	61
Desde una ventana	63
Los hombres de Urbina.....	65
La tristeza de <i>El Peet</i>	71
La muerte de Felipe Ángeles	73
La muleta de Pablo López.....	77
La camisa gris.....	79
La sonrisa de José.....	81
Tomás Urbina.....	83
El Jefe de las Armas los mandó fusilar.....	89
Las aguilas verdes.....	91
Las tarjetas de Martín López	93

III. EN EL FUEGO

El sueño de <i>El Siete</i>	97
Los heridos de Pancho Villa	99
Los tres meses de Gloriecita	103
Mi hermano y su baraja	105
Sus cartucheras	109
El cigarro de Samuel	111
Las balas de José	113
El milagro de Julio.....	115
Las sandías	117
Las rayadas.....	119
La voz del general	121
Las lágrimas del general Villa	123
El sombrero	125
Los vigías.....	129
Los dos Pablos.....	131
Los oficiales de la Segunda de Rayo	133
Abelardo Prieto	139
Las hojas verdes de Martín López.....	143
Tragedia de Martín.....	145
Las mujeres del Norte.....	147
Ismael Maynez y Martín López.....	151

APÉNDICES

I. Inicial.....	157
II. Villa.....	163
III. Presentación editorial de Ediciones Integrales	167
RETRATO DE NELLIE CAMPOBELLO	169
NOTA EDITORIAL	171